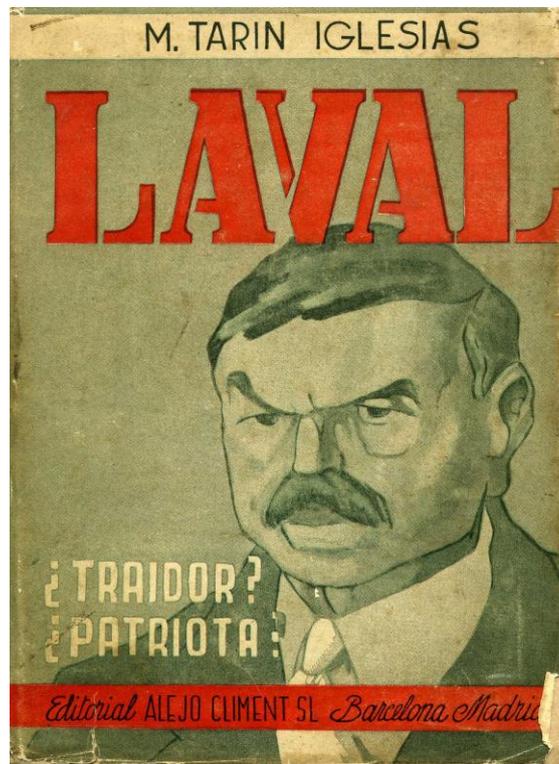


RECUERDOS CON HISTORIA (53)

PIERRE LAVAL, EN EL CASTILLO DE MONTJUÏC



Volatilizado sin dejar memoria alguna aquel proyecto de “Centro Internacional para la Paz” que justificó la clausura del M.M.M. los gestores del “envenenado regalo” en que para las arcas municipales sospecho se ha convertido el Castillo de Montjuïc, han puesto en práctica al menos una “feliz idea”: entre las habitaciones que circundan el patio de armas, dar a tres de ellas el nombre de uno de aquellos personajes que la Historia indica fueron recluidos en la fortaleza, próximo a cumplirse su fatal destino dentro o fuera de ella; es evidente que esta condición la cumplen muchísimos más.



Personalmente soy de la opinión que el infortunio los iguala a todos, percibiendo cierto revanchismo en todo intento de diferenciar “mártires” de “ajusticiados”. En esta práctica siempre se silenciará a Laval, cuya estancia en Montjuïc como refugiado político no fue menos vergonzosa o patética que la de otros, según se desprende de la lectura de los párrafos que le dedicó el periodista Manuel Tarín Iglesias en su libro “Laval ¿Traidor? ¿Patriota?”. Transcribiré algunos:

“En esta fortaleza (Montjuïc) estuvo Laval durante su permanencia en España. Le acompañaron los amigos que con él hicieron el viaje en el mismo avión desde Bolzano y los jóvenes pilotos alemanes que se prestaron para esta ingrata tarea.

El pabellón en que residió el expresidente del Gobierno de Vichy estaba recién construido y al ser habilitado para Laval fue amueblado por uno de los mejores decoradores de Barcelona. Igualmente, mientras Laval y sus acompañantes permanecieron en la fortaleza, se contó con el servicio personal de un elegante hotel de la ciudad”. Se trataba del presidente de un Gobierno amigo... que no se tardaría en abandonar a su suerte. El 31 de julio la Prensa publicaba una nota del Gobierno informando de que “Esta mañana, a las 6,45 ha salido del aeródromo del Prat de Llobregat (Barcelona) a bordo del mismo avión que, en la mañana del 2 de mayo le condujo al mismo campo, el señor Pierre Laval, invitado formalmente por el Gobierno español a que abandonase su territorio”.

Y acerca de cómo fue la despedida...

“... Laval debe salir de España a primeras horas de la tarde del día de 30 de julio de 1945.

Barcelona tiene un infame camino vecinal, que le conduce a su aeródromo, descampado enorme en que se han levantado unas chavolas de primera categoría. Más que un automóvil, los baches del camino dan la sensación de ir montado en la grupa de un jamelgo.

En el campo habían sido tomadas algunas precauciones y, por sistema, se prohibía la entrada a todos los informadores de la Prensa. No obstante, con el fotógrafo Carlos Pérez de Rozas, pude introducirme en el aeropuerto. Éramos los únicos periodistas que íbamos a presenciar la partida de Pierre Laval. A las cuatro de la tarde llegó al aeropuerto un coche militar, color marrón, pequeño, que traía el voluminoso equipaje del expresidente y su esposa, equipaje integrado por 14 maletas y algunos cajones de conservas y agua mineral que, por una ironía del destino, llevaban una etiqueta que decía “Agua de Vichy”. Además, comprendía la voluminosa impedimenta algunas prendas de abrigo y unos magníficos bastones, tan característicos en el expresidente como su corbata blanca, que se hizo popular en todo el Mundo. Poco después de las cinco llegaron otros coches oficiales, en los cuales venían, desde la fortaleza de Montjuich, Laval y su esposa.

Laval desciende del coche, completamente sereno, y se entretiene en observar atentamente el avión. Viste traje gris oscuro y se toca con un sombrero de fieltro del mismo color. Su esposa lleva un abrigo marrón claro y cubre su cabeza con un pañolón de vivos colores.

Aunque los preparativos parecían estar terminados, el expresidente de Vichy quiere saber concretamente el punto adonde se dirigen. El señor Laval ruega,

momentos antes de subir al aparato, que se le comuniquen, de ser posible, por escrito, el motivo por el cual se le obliga a abandonar España. Repetidamente se le dice que, una vez en el aire, puede disponer de su destino en la forma que creyera más conveniente, y que la orden de partida es una invitación formal del Gobierno español.

Laval cede la preferencia de subir al avión a su mujer y, por fin, tras un breve forcejeo, decide subir él también a la carlinga del avión.

A su esposa, que abandona el territorio nacional por su propia voluntad, se le ruega que firme el acta de salida, en la cual se hace constar los extremos antes referidos, pero "madame" Laval se niega en absoluto a firmar el documento de referencia.

Los aviadores alemanes, que eran los mismos que en su día trajeron al expresidente a Barcelona, han pasado todo el día en el aeropuerto del Prat, y, bajo su mirada, se dispone la puesta a punto del avión y se efectúa un vuelo de prueba sobre el litoral catalán. Pero dadas las horas de la tarde empiezan a comunicar a los mandos del campo que más tarde de aquella hora les será imposible efectuar el viaje, ya que no están dispuestos a volar de noche, ignorando en absoluto como habrán quedado los campos de aterrizaje de Alemania una vez que este país ha capitulado, y que, por dicho motivo, es preciso viajar a la luz del día para orientarse en el camino.

Cuando el señor Laval llega al aeródromo, los aviadores tienen el firme propósito de no abandonar Barcelona hasta el día siguiente.

Cuando el señor Laval hubo subido al avión, fue cerrada la carlinga y todo daba a entender que, a los pocos minutos, el expresidente abandonaría la tierra española. Comienzan a trepidar los motores y se observa que el de la derecha marcha a ritmo inferior que el de la izquierda.

Pocos momentos después, el piloto comunica que el avión sufre algunas averías, por lo que sube a bordo un joven capitán de la Aviación española que pone de nuevo el aparato en condiciones de partir. Mientras el oficial español dirige el trabajo de reparaciones, el expresidente solicita descender de la carlinga, donde, por efecto del sol y el funcionamiento de los motores el calor es insoportable, haciendo una temperatura de sesenta grados.

Laval desciende del aparato como si saliera de una ducha, con la camisa desabrochada y un espeso sudor que brotaba por todos sus poros. En tal aspecto, pocos hubieran reconocido al expresidente.

El capitán español da por reparadas las averías y se decide a efectuar la marcha. Son las seis cuarenta de la tarde. Laval, su esposa y los aviadores están en el aparato, y este se pone en marcha. El "JU-499" se dirige hacia uno de los extremos del campo para tomar velocidad. Pero el avión, lentamente, vuelve de nuevo hacia el grupo donde se encuentra el jefe del aeropuerto y otras personas.

Una avería en los frenos. Los aviadores han comunicado que no saldrían más allá de las cuatro de la tarde.

Por el nuevo contratiempo, se acuerda salir a la madrugada siguiente. Ante las continuas averías del "JU-499", el jefe del aeródromo decide poner una brigada especial de trabajo que dejara listas, cuanto antes, todas las reparaciones.

A las nueve de la noche el avión está dispuesto para partir. Para la reparación del citado aparato tiene que emplearse material español procedente de un avión nacional, que, al día siguiente, emprende su vuelo hacia Albacete con todas las piezas averiadas del "JU-499" germano.

Laval debe pasar la noche en el aeropuerto, a pesar de que ha solicitado volver a Montjuich, donde ha dejado a sus amigos más queridos, especialmente a "monsieur" Nerot. Pero, para abreviar, se decide que pernocte en el campo y, a tal efecto, se habilita un departamento en el pabellón central.

El expresidente, antes de cenar, recordará que se ha olvidado la dentadura en el castillo de Montjuich y tiene que enviarse un enlace en su busca..."



Laval y su esposa, en el sube y baja del "JU-499"

"La cena se sirve en el despacho del jefe del campo. Es una pieza pequeñita y coquetona. Laval hace una minuta que sirve el restaurante del aeropuerto. Una cena ligera: tortillas y uvas. Para su esposa, agua mineral de Vichy; para él, vino tinto. Durante la cena se conecta la radio: Francia, su Francia. Música y noticias. Nostalgia. Los últimos infundios anuncian que Laval se ha fugado de Barcelona, en avión, con rumbo desconocido.

Decididamente, las radios están bien informadas".

"A la pretensión de Laval de ir a Francia, los pilotos se oponen y afirman que desean volver a Alemania, su tierra natal. Entonces, el expresidente de Vichy quiere que se aterrice en zona norteamericana. Pregunta dónde está el Cuartel General norteamericano. Se habla de Frankfurt del Mein .../... también de Múnich..."

“Pero a ninguna de dos ciudades hay posibilidades de arribar, puesto que el avión posee solamente autonomía para cuatro horas de vuelo y estas ciudades se encuentran demasiado distantes. Finalmente, queda concertado, entre Laval y los pilotos, que se aterrizará en Salzburgo, zona americana, adonde se puede llegar en algo menos de cuatro horas”

“Poco antes de las seis, los aviadores están ya dispuestos a despegar y dan los últimos toques al “JU-499”. El expresidente, que en estas últimas horas de la noche, ha preguntado varias veces la hora, esta ya dispuesto. Laval vino a España con el reloj averiado y esto le ocasionó algunos trastornos, ya que es un hombre metódico y que, en todo momento, quiere saber la hora en que vive...”

“La señora Laval es la primera en abandonar el pabellón donde han pasado la noche. Está serena, aun más que en la tarde anterior. Ahora firma, voluntariamente, el documento de partida que, en la tarde anterior, se había negado a rubricar y en el que, como así es, se declara responsable del viaje que ha realizado por su propio deseo. La esposa de Laval, no obstante, pone en la antefirma lo siguiente: Piloto, magnífico. Avión sin garantía...”

“Los aviadores, sonrientes, son los primeros que suben a la carlinga. Se despiden de todos, marciales, como si fueran a lanzarse al combate. El piloto promete una vuelta de saludo, al estilo de los aviadores de caza.

Después, sube al “JU-499” la esposa del expresidente, y, finalmente, éste estrecha fuertemente mi mano y sube decidido. La puerta de la carlinga se cierra. El avión va a emprender la marcha.

El aparato ha despegado y, en un momento, esconde las ruedas dentro de su barriga metálica. Ha tomado velocidad y da una vuelta magnífica, de saludo, como ha prometido el piloto, y desaparece en la lejanía. Son las seis cuarenta de la mañana. El último día de julio de 1945 se abre en flor a lo desconocido.

¡Adiós, señor Laval!”.

Como era de prever, antes de transcurridos tres meses Laval fue ejecutado en la prisión de Fresnes.

Juan L. Calvo
Julio, 2013